

La visita del Príncipe de los Ingenios

-¿Desea el señor habitación en la planta superior?- preguntó el mesonero.

El varón al que cuestionaba era un caballero que rondaba los cuarenta años, vestido con un elegante traje negro de la época, contrastado por la negra capa raída, probablemente de origen militar. El individuo mostraba un rostro enjuto, del cual sobresalía una nariz aguileña y un bigote lustrosamente cuidado, blanqueado por el paso de los años al igual que la barba. Los ojos, a pesar de su edad, centelleaban por el ingenio y la astucia, como si el tiempo no hubiera transcurrido por ellos.

Para finalizar el trámite del alojamiento, el viajero firmó con el nombre de ``Miguel de Cervantes Saavedra´´. El mesonero preparó la habitación y el viajante se instaló en ella dejando las pocas posesiones que traía. Se hospedaría allí tan solo de paso por uno o dos días, para luego dirigirse a Sevilla, en la cuál como comisario de provisiones de la Armada Invencible, empresa que su Majestad, Felipe II, estaba dirigiendo contra Inglaterra.

-Vuesa Merced debe presentarse aquí al quinto toque de la campana de la Ermita de San Sebastián o si no, acarreará *uté* graves problemas a ambos. Bien sabido es que la peste está presente en la villa, y hemos de estar lo más apartados que podamos de ella- avisó el posadero.

Salió entonces nuestro protagonista por la calle Tejares, donde su posada, la de la Estrella, estaba situada. La zona era de lo más variopinta en cuánto a sus gentes. Moriscos granadinos se mezclaban junto a cristianos viejos, invadidos por los peregrinos y viajeros que pululaban por las posadas y mesones.

La villa, por lo que había oído en Madrid Cervantes, estaba en su mayor extensión. La creación de calles nuevas, como la que unía la Calle de la Concepción y la de Tejares debido al aumento de población o la nueva iglesia de la Purísima. Demográficamente, había sufrido un aumento considerable. Moriscos venidos de Granada, vecinos mudados desde la ciudad de Chinchilla,... Todo ello había hecho que la villa hubiese crecido considerablemente en los últimos años. Aunque actualmente, el tabernero que atendió a nuestro amigo aseguraba que Albacete pasaba una delicada situación. Los agricultores veían constantemente destruidos sus productos debido a las malas cosechas y a las plagas recientes de langostas, que costaban ``un riñón`` a la villa exterminarlas.

Terminada la cena del viandante en la taberna en la cuál se había parado nuestro amigo a cenar, servido de pan cocinado con cereales cartagineses y uvas como postre, tan populares en ésta región, Cervantes se dirige a el Cerrillo, donde se sitúa el centro de la ciudad con la Catedral todavía no finalizada debido a la interrupción de las obras. El mercado cercano mostraba productos artesanos la mayoría; cristianos y moriscos se reunían en este sitio para la compraventa de productos, desde manufacturas de cuero, producto agrícolas y ganaderos hasta un morisco buñolero el cuál ofrecía sus productos a grandes gritos y al cuál Cervantes compró una docena de los mismos. Por el aire se oyó una campanada. El silencio se instauró en el lugar y rápidamente los comerciantes comenzaron a recoger sus puestos. Cervantes se acercó entonces a un anciano y preguntó entonces el motivo de tal revuelta, a lo que el mayor respondió que al quinto toque todos debían tener atrancadas las puertas y ventanas de sus viviendas y nadie podía circular entonces por la calle sino los guardias del gobernador del marquesado. Hicieron entonces aparición los mismos, vestidos con sombreros de ala ancha y ataviados con luenga capas oscuras dando voces y advirtiendo a los transeúntes.

Salió nuestro protagonista corriendo por la calle Concepción. Segundo toque. Incluso el antiguo convento de la Encarnación situado en la misma ya tenía puertas y ventanas cerradas. Cervantes se acercó a la puerta y llamó insistentemente a la y puerta, vociferando y llamando a la Madre Superiora. Tercer toque. Las monjas cuchicheaban detrás de la puerta y, al fin, la Madre Superiora contestó a la llamada de Cervantes diciendo:

-¿Por qué habríamos de abrir nosotras a un pobre borracho las puertas de nuestro convento?- amenazó la hermana.

- Abrid las puertas del convento, por piedad-. Ya se podían a los pasos de las botas de los guardias.

Y entonces, el chirrido de la gran puerta condujo a Cervantes al interior del convento.

-¿ Qué es lo que os trae por aquí, viajero?- preguntó la sor.

- Madre, tan sólo soy un viajero pasajero en esta ciudad. Dejadme pernoctar una noche en vuestro convento, y mañana por la mañana ya me habré ido.

La Madre Superiora lo miraba pensativa. Si se descubría aquel confuso entramado, acarrearía y problemas a la institución. Sin embargo, si salía pronto, al amanecer, nadie lo vería. Cuarto toque de las campanas. Debía tomar una decisión, y rápida.

-Demasiado tarde, hermana- contestó Cervantes con una sonrisa mientras el quinto toque se daba y Albacete se sumía en el silencio.

-Pernoctaréis una sola noche, y, al amanecer, saldréis del convento y no volveréis a poner un pie en él- dijo con voz segura la Madre Superiora.

-Así sea, Hermana- contestó Cervantes.

-Dormiréis en la última celda.

-Así sea, Hermana- contestó Cervantes de nuevo.

Las monjas miraban sorprendidas y estupefactas desde sus celdas como la Madre Superiora guiaba al extraño hasta su celda.

-Recordad – dijo la sor- tan sólo una noche.

Cervantes no pudo contestar, dado que la malhumorada hermana cerró la puerta de su celda con un portazo.

Y así fue como Cervantes, en su soledad, se sumergió en un sueño profundo, oyendo los pasos que se alejaban de la monja y oyendo el rezo de la compañera de la celda vecina.

Salió Cervantes entonces del convento con paso decidido y rápido. Lo primero que haría es tranquilizar al mesonero debido a su falta en la posada la pasada noche. La ciudad se había llenado de vida. Los pastores con sus grandes rebaños de ovejas laneras recorrían las calles. En esta región, según había oído, la lana era un producto primordial en la ganadería de ésta ciudad. Así pues, por las calles se extendía una mezcla de olores un tanto...inusual. Llegado Cervantes a la posada, el mesonero salió a su encuentro sorprendido y preocupado. Tenía unas grandes ojeras, lo que hizo a Cervantes suponer que el mesonero había pasado la noche en vela debido a la falta de su huésped.

-Benditos los ojos que os ven, don Cervantes. Toda la noche pasé en vela pensando en dónde estaríais - exclamó entonces el mesonero.

-Ven, amigo, que mil aventuras ocurrieron la pasada noche- contestó Cervantes, relatándole los sucesos acontecidos.

Tras el desayuno junto con todos los huéspedes de la posada, se dirigió don Cervantes a dar una vuelta por los alrededores. Éste sería la última noche que pernoctaría allí. Decidió entonces ir a ver la famosa Ermita de San Sebastián, conocida entre los ciudadanos por alejar a las plagas de la ciudad. Salió de un callejón entonces una carreta llena conducida por un decrepito conductor. Preguntó entonces Cervantes a éste y le contestó que se dirigía a Cartagena y al Bonete para comprar cereales, dadas las malas cosechas de la ciudad. Antes de llegar a la ermita, se le interpuso en el camino un anciano hortelano que llevaba lentamente sus productos al mercado más cercano para venderlos. Entonces se percató Cervantes de que los huertos no abundaban en la ciudad, pero que, junto a los cereales, formaban la agricultura de la villa. Llegó finalmente a la Ermita de San Sebastián y observó a una multitud de gente que alzaba sus plegarias al santo para alejar las pestes de la villa. Debido a la multitud, y decepcionado, Cervantes marchó de vuelta a la posada sin haber visto la conocida ermita. Observó entonces un grupo de guardias caminando por la Calle Zapateros y lo miraban atentamente. Entonces cayó en la cuenta de que su capa, traída como recuerdo de la Batalla de Lepanto, estaba raída y sucia a pesar del tiempo pasado ya. Al llegar a la posada se despojó de ella dejándola sobre el camastro. Llegada la hora de comer, se reunieron en el comedor todos los hospedados y la alegría inundó la sala. Entabló entonces Cervantes conversación con un soldado que decía regresar a su ciudad natal tras haber batallado en la Batalla de las Alpujarras contra los moros granadinos y que con gran dicha llegaría mañana a su destino.

Tras la comida, se retiraron el posadero y Cervantes y éste confirmó su salida dentro dos horas. Tras la conversación decidió Cervantes dormir un rato. Tras la siesta recogió éste sus pertenencias, las cuáles constaban de un puñado de folios y plumas, además de documentos con carácter oficial y unas prendas que llevaba. Finalmente se atavió la raída capa y salió al encuentro de su carreta. Al llegar a las murallas de la ciudad, encontró numerosos buhoneros y portugueses a los cuáles impedían la entrada la ciudad y entregaban a los guardias la mercancía que traían consigo. Se recostó entonces Cervantes y disfrutó del viaje mientras que un joven acompañante llamado de apellido ``Quevedo`` lee un libro llamado ``La Galatea``.

Así transcurrió la estancia de Cervantes, el príncipe de los ingenios en Albacete.